



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,
AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 31.

PRECIOS DE SUSCRICION.				
	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. .	$\frac{1}{2}$ peso.	1 $\frac{1}{2}$ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,
DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.
Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.
Madrid, 10 de Noviembre de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.
Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

PESCA NOCTURNA DEL MÚJOL.

(Véase la lámina de la página presente.)

Despues de un viaje por el Danubio no hay *tourista* que no visite los Balkanes, á pesar de los peligros que esperan á los viajeros, bajo el aspecto de una cuadrilla de

bandidos, que por lo regular son desertores del ejército otomano.

Esta travesía se hace en un vapor de la Compañía del Lloyd austriaco, que conduce á los curiosos hasta Constantinopla, y que hace escala en Varna.

Las aguas del mar Negro, tan alborotadas en casi todo

el año, en el mes de Julio se vuelven tan tranquilas como las del Danubio. De modo que aunque de día no se puede resistir el calor, las noches son de lo más espléndido que pudiera soñar la imaginacion de un poeta.

Entre los afortunados que han hecho esta deliciosa travesía, debemos contar al Vizconde de Dax, el que nos



PESCA NOCTURNA DEL MÚJOL

da parte de sus impresiones sobre la pesca del mújol del siguiente modo.

El sol se ponía cuando el Capitán nos advirtió que dentro de dos horas estaríamos en Varna, y apoyados en la banda del vapor seguíamos con interés las fosforescencias del mar, que producía cada vuelta de la rueda, cuando en el horizonte, ya oscuro, millares de estremitas ó fuegos fátuos aparecieron en lontananza, y que á cada momento se aumentaban y reproducían.

Estas no podían ser de ningún modo luces de Varna sólo, ciudad fortificada y que no cuenta más que 25.000 habitantes. Uno de los marineros á quien nos dirigimos nos contestó que eran pescadores de mújol, que principiaban su pesca de noche.

A los pocos momentos pudimos á nuestro gusto estudiar su método, pues la entrada de la rada de Varna es difícil, por estar sembrada de escollos; así es que caminábamos lentamente, costeados de vez en cuando las barcas de los pescadores, que nos dirigían mil invectivas, porque el ruido de las ruedas hacía espantar á los mújoles, que en esta estación abundan en la bahía.

Así que se acerca la noche, los pescadores dejan la tierra, llevando á bordo de sus barcas largos palos, que tienen en cada extremidad una hendidura, atravesados de agujeros de metro en metro, y que se pueden por medio de clavijas de madera, como se ve en nuestro grabado, montar en un inmenso cuadrado por dos traviesas. El resto se compone de zarzos y una especie de lamparillas de tierra con un mango, alimentadas con grasa y rodeadas de globos de papel untados con aceite.

Al punto que llegan al sitio que han escogido, paran la barca, teniendo cuidado que el fondo no tenga más que dos ó tres brazas, montan su bastidor, ponen los zarzos encima y los arrojan al agua; después meten las lamparillas por el mango en los agujeros de los palos, haciendo dar vueltas poco á poco á los cuatro frentes del cuadrado; se colocan otras lamparillas semejantes en los costados de la barca, y no queda que hacer ya otra cosa que esperar.

Atraídos por la reverberación de la luz en el agua, los mújoles, que se ven saltar por todas partes, se aproximan, se lanzan fuera de las olas y caen sobre los zarzos, en los que una mano ágil, armada de una pequeña red, los recoge al momento y los echa en el fondo de la barca.

Cuando el día ha sido caluroso, el tiempo y el mar han estado serenos y no hay luna, puede asegurarse que la pesca asciende á muchos miles de pescados, cosa fácil de creer, pues en nuestros mares del Norte, que no están tan poblados de mújoles como el mar Negro, en una sola noche pueden cogerse cerca, y aún más, de ochenta libras por pescador.

V. C.

CAZA DE TOROS SALVAJES.

(Véase la lámina de la página 245.)

Ocioso nos parece, y hasta impertinente, el ponderar la bravura y las condiciones especiales de este noble y fiero animal, tratándose de un periódico escrito en la tierra clásica de *Pan y Toros*.

Nadie sabe mejor que nosotros de cuánto es capaz esa fiera que se cria en las soledades de la dehesa y en estado semi-salvaje, cuando sale al ancho circo á hacer gala de su pujanza y de su coraje, poniendo de manifiesto con sus cualidades todo el valor y todo el arte que necesita el hombre al presentarse delante del cornúpeto, sin más arma que un estoque ni más escudo que un pedazo de tela.

Júzguese ahora lo que será el toro completamente salvaje, entregado á su independencia y á sus propios bríos, y cuán arriesgada y difícil la caza que se hace al indómito cuadrúpedo en diversos países, y especialmente en Bosnia, que es el que pinta nuestro grabado.

Viven en los bosques, en grandes piaras, dispuestos siempre á defenderse de sus agresores, formando un círculo á semejanza de los cuadros militares de la infantería para resistir las cargas de la caballería enemiga, y sujetos á un régimen completamente herbívoro.

La especie de estos animales se divide en dos secciones principales: es la primera el género buey doméstico,

que presta al hombre inestimables servicios, sobre todo en sus faenas agrícolas, y la segunda comprende el toro salvaje, llamado también búfalo ó bisonte de América, que reside por lo común en las regiones templadas del Norte, y en particular junto á las riberas del caudaloso Missisipi.

Los búfalos, de formas más pequeñas y robustas que el buey común, tienen la cabeza más gruesa y el cuello más corto que éste, y se caracterizan por sus cuernos, cuya base se ensancha y les cubre una parte del testuz, siendo aplastados por el lado interno y muy agudos hacia las extremidades. Estos animales son casi acuáticos; viven junto á los ríos ó pantanos y se pasan en el agua la mayor parte del día.

El búfalo ordinario, procedente de las regiones húmedas de la India, se ha esparcido y prosperado en diversas comarcas del antiguo continente, siendo muy común en Austria, en Italia y en Grecia.

El *arni* (*bos arni*), que varios zoólogos consideran como una simple variante del búfalo, se diferencia de éste por la desmesurada longitud de sus cuernos, que tienen por término medio 1,50 metros de largo. Este animal no abandona las montañas del Indostan y las islas del Archipiélago Índico, en donde se le hace una caza tan formidable como continúa.

El toro salvaje del Cabo, especie terrible por su ferocidad, tiene también cuernos enormes y vive en las costas del África austral, desde los confines de Guinea hasta el cabo de Buena Esperanza.

La Bosnia, ó Confines Militares, que lindan con territorio del Imperio austriaco, es uno de los países europeos en que tal vez por su clima y sus accidentes topográficos se ha multiplicado más la especie de toros originarios de los búfalos de la India, particularmente en las mesetas ó plataformas de los Alpes Julianos, eminencias que dividen las aguas que van por un lado al mar Adriático, y al mar Negro por otro.

Dicha comarca se parece mucho á las que constituyen los campos, hoy desolados, de la antigua y gloriosa Grecia. Los picos de los montes están escuetos y despojados de toda clase de vegetación, y la roca asoma y se ve por do quiera, árida, negruzca y azotada por el *borra*, un viento que ara la piel del rostro como si llevase en sus alas millones de puntas de alfileres. Sobre los peñascos no hay nada absolutamente. Las nieves, las lluvias y el viento lo han lavado y arrebatado todo, hasta la raicilla más insignificante.

En las laderas que están á cubierto de estos vientos devastadores, la vegetación recobra toda su fuerza germinal; las encinas crecen por todas partes formando espesos bosques y alamedas sombrías hacia la cuenca de los valles, en cuyo fondo hay pantanos en que se bañan á placer los osos, los jabalíes y los toros salvajes, que son los animales más perseguidos en el país.

Tarea es, no fácil ni exenta de peligros, la de apoderarse de uno de estos últimos animales, á causa de la ferocidad y bravura de sus instintos.

Los vecinos de los pueblos rurales, cuyas singulares viviendas, parecidas á *blockaus*, se dibujan perfectamente en los segundos términos de nuestra lámina, se reúnen en grupos de cinco ó seis individuos, y todos, á excepción de dos ó tres, se internan en los montes para levantar á los toros, hacer que salgan á campo descubierto y á punto convenido de antemano con los cazadores que se han quedado al acecho.

Son los ojeadores tan diestros, tan valientes y tan conocedores de la tierra que pisan, que rara vez dejan de conseguir el objeto que se proponen; pero no por ello se hacen ninguna ilusión sobre los peligros que corren al habérselas con un animal á quien el ruido, la persecución, las detonaciones y las heridas que reciben los reducen al paroxismo de la furia más violenta que puede imaginarse. Así es que el ojeador sigue de cerca á la fiera, espantándola con su continua gritería, pero sin ponerse nunca á su alcance, conforme verán los lectores en el grabado.

Los mejores tiradores aguardan á la res en posición estratégica, porque entre ellos y el animal hay una de esas grietas enormes que surcan á cada paso la superficie de aquella sierra.

Dichas grietas ó hendiduras constituyen un foso insuperable, porque formadas á consecuencia de las aguas torrenciales, corre en su fondo una cascada llena de piedras y de malezas, verdaderos subterráneos naturales, algunos de los que tienen ciento cincuenta metros de ancho por trescientos ó cuatrocientos de longitud. Colocados los hombres detrás de semejante foso, se comprende que poco les queda que temer.

Así es que se les ve apuntar tranquilamente á los toros con sus largas escopetas albanesas, de que se sirven con bastante destreza, por más que la precisión del arma deja mucho que desear.

Una vez herido el toro lo rematan con sus largos cuchillos ó sus descomunales pistolas, cargando con el botín, cuya utilidad y aplicación es tan variada como la que damos aquí á los bueyes destinados al consumo.

La carne del toro salvaje es, sin embargo, más trabajada y más suculenta que la de las reses ordinarias, constituyendo la alimentación principal de los habitantes de Bosnia, entre los que la caza del toro ha llegado á ser ya el estado natural del hombre, que persigue sin cesar á las reses en el monte, cuando las agitaciones incansables del decaído Imperio turco no le obligan á velar día y noche en defensa de la integridad de sus amenazadas fronteras.

C. F.

EL MES DE NOVIEMBRE.

(Véase la lámina de la página 248.)

Por más festiva que sea la pluma del escritor, y más firme su propósito de no contristar el ánimo de los lectores, es imposible ni aún bosquejar sonrisas al que tiene que comenzar la tarea por el principio del lúgubre mes de los muertos.

Las breves alegrías de la gran fiesta de *Todos los Santos* se interrumpen de improviso por el eco funeral de la campana, evocando desde su altura el recuerdo y la sombra fantástica de los que fueron, é invitándonos á derramar una lágrima que temple amorosa la frialdad horrible de los sepulcros.

Todo contribuye á aumentar la pavora del triste cuadro que á nuestra consideración filosófica se ofrece. El invierno con sus vagidos ha matado los esplendores de la tierra, y ha cubierto de cenicientas nubes el azul del cielo; el viento muge dolorosamente, como si tratase de ser fiel intérprete de la pena que embarga á casi toda la humanidad, porque la conmemoración de los fieles difuntos no es, ni mucho menos, ceremonia exclusiva de los cristianos. Ahí están, en apoyo de nuestro aserto, los llantos que los egipcios vertían en el mes de *Abyr* para fundir su dolor con el dolor de Isis; las enlutadas fiestas que celebran los persas en el mes de *Aban*, plantando cipreses al borde de las tumbas, y los sacrificios mortuorios de los romanos, consagrados á los manes de los galos enterrados en vida.

Noviembre es, pues, el mes en que se rinde culto á la muerte en casi todos los pueblos, y por eso al dar principio su periódico reinado, se apiña la multitud silenciosa y recogida en los cementerios, quién á encender un cirio en la última morada del ser querido, quién á depositar una corona de siemprevivas, quién á cubrir el mármol con lujoso paño de terciopelo, quién, en fin, á humedecer con lágrimas la modesta cruz de palo, medio oculta entre la grama y los jaramagos silvestres.

Esta ofrenda es la menos ostentosa, pero la más santa. El latido de un corazón vale más á los ojos de Dios que todos los tesoros acumulados del universo.

En nuestro grabado se representa á Noviembre con propiedad perfecta, colocando en primer término al símbolo de la redención del hombre, á quien cobija con su protección después de la ausencia del alma, amparando también á los vivos, como madre amorosa dispuesta á perdonar las culpas.

Por eso tiene siempre los brazos abiertos.

Ese tinte de melancolía que trae consigo el nacimiento del mes se extiende luego sobre todo él, cual si fuera la esencia de su ser y el distintivo de su carácter. La verdad es que Noviembre no le tiene claro ni definido; es un triste paréntesis para el cual no se guarda ni se reserva

nada en la vida social, una conjuncion copulativa puesta entre las frescas brisas otoñales y el hábito helado del invierno; cuatro semanas, como dicen los labradores, que no van ni vienen á ninguna parte; un signo, en fin, muy marcado de la decrepitud del año, teniendo pocos amigos y ningun adepto, porque la gente no es cortesana de la desgracia, cualquiera que sea la forma en que ésta se presente. El hermano que más se le parece de los once que tiene es el pobre Febrero, marcado tambien con el sambenito de la insignificancia.

No le damos nosotros esta calificación, bajo el punto de vista venatorio, porque las grandes monterías que en él se verifican, como la que ya dimos el otro día, y con no escasa fortuna, en los montes de las Guadalerzas los redactores la LA ILUSTRACION VENATORIA, embargan nuestro ánimo de tal manera, que aún nos parecen cortas sus semanas, breves sus días y harto fugitivas sus horas, para gozar ámpliamente del placer de perseguir reses, como esa que sale del desnudo bosque de nuestro grabado, en busca de brotes y retoños que no hay en los árboles, ó de tirar las últimas aves que pasan, retrasadas viajeras que no se han decidido á emprender la caminata aérea ni cruzar los mares, hasta que los primeros copos de nieve han empañado la tersura de su plumaje.

Pero los campos están desiertos y sombríos: concluidas las últimas sementeras, ha entrado la agricultura en un período de calma externa, reconcentrándose en el interior de las granjas la vida del labriego. La tierra no necesita inmediatamente del auxilio de su brazo, y se ocupa de recomponer los instrumentos de labranza, de visitar los silos y la bodega, de cuidar que sea nutritivo y sano el alimento de las vacas para aumentar la secreción de la leche.

El corral, por supuesto, no se pierde de vista ni un instante engordando los patos, las gallinas, los pavos y los capones que han de ir á alborotar las calles y los mercados en las ya próximas y alegres fiestas de Navidad. Es preciso que esos alados ejércitos se pongan en marcha así que esté á punto de nacer el Niño, y como el frío entonces *cortará los huesos*, se necesita tambien carbonear el monte, cortar la leña, y dejar lisos y morondos los lentiscos que van á arder en los hogares, iluminando los puros goces del cerco en que se contienen los deleites de la familia.

Los días buenos de Noviembre, días que, por lo regular, entran pocos en libra, los dedica el labrador á salir con su azada al hombro para recomponer los caminos y abrir rústicos canales á las aguas llovedizas, y que no se estanquen, porque los terrenos en que permanecen inactivas durante el invierno se calientan con suma lentitud en primavera, endureciéndose al soplo de los vientos de Marzo y Abril, é imposibilitándose para entrar en cultivo, al ménos en bastante tiempo.

—Y vosotras, ¿qué hacéis entre tanto, bellísimas é interesantes flores, orgullo de la creacion y gala poética de la teliz primavera?

—Pues aquí estamos todas, nos responderian si pudieran hablar, metiditas entre cuatro paredes, viendo el sol cuando sale, á través de los vidrios de nuestra acristalada prision, cuidadas por nuestro jardinero, que nos da de beber con templanza, y que no nos permite sacar fuera ni la punta de una hoja, ni la extremidad de una rama, porque Noviembre nos acecha desde afuera, y Noviembre posee una guadaña feroz para segar, así las flores de la juventud, como las que nacemos al dulce calor de la estufa. Ya saldremos de aquí en cebollas para ir muy abrigadas á la tierra, ó ya pasaremos de los tiestos á los cuadros del jardín, cuando vengan las mariposas á anunciarnos la llegada de nuestra madre, que es la primavera.

—Hacéis bien, hermosa pléyade de nuestros futuros encantos. Las nieblas del *Brumario*, como se designaba en cierta época á este mes del lado allá de los Pirineos, no conviene ni á vuestra beldad, ni á vuestro temperamento.

Dejad sólo al aire libre, porque pueden resistir su inclemencia, á las democráticas hortalizas, y vosotras esperad que Dios mejore sus horas, porque las presentes no pueden ser más amenazadoras para vuestra multiplicación y para vuestra vida.

San Andres está acostumbrado á que se le festeje á fuerza de lumbre, y no echará de ménos los brillantes co-

lores de vuestras matizadas hojas, ni la suave fragancia que de vosotras se desprende.

C. T.

PARQUES DE CAZA (I).

II.

Vamos ya á exponer la manera de instalar estos sitios de producción y recreo en un terreno desprovisto en absoluto de reses, y el coste probable de su instalación, para terminar el trabajo que nos propusimos en el número anterior.

Ante todo, para aprovechar una finca como parque, debemos advertir á nuestros lectores que sólo se debe tomar en consideración el terreno cubierto de monte, y ya que en nuestro país no es probable que éste sea de monte alto, conviene advertir que es necesario, por ser mejor, que existan algunos rodales de monte hueco, así como manchas de monte pardo y marañas. Las aguas corrientes son convenientes, pero no indispensables, siempre que existan pequeñas balsas, á fin de que las reses se puedan bañar. Si el terreno es quebrado, es preferible al llano, porque los venados se aposentan mejor en las pendientes suaves y próximas á los barrancos. Las reses cerdosas se albergan preferentemente en las sierras, en sitios bien provistos de bañiles, ó en el fondo de los barrancos más recónditos, para formar allí sus cubiles. En estío, si la finca tiene grandes aguas corrientes, á las horas de sesteo bajan á los ríos á encamarse entre los espesos tamarizales.

En cambio los paletos y los corzos, dan su preferencia á las rañas del monte, y en verano bajan á los cultivos ó á las inmediaciones de los sembrados.

Elegido el sitio en que se debe formar el parque, se procederá á hacer la zanja que le ha de servir de límite. Esta zanja se construirá de modo que la parte que cae al exterior de la finca tenga el corte vertical, con una profundidad de 1,70, y por la parte interior el corte deberá hacerse en rampa suave hacia el centro de la misma, de modo que desde el pie del corte exterior hasta la terminación de la rampa resulten unos 12 á 14 pies de distancia; todas las tierras que se extraigan de esta labor deberán arrojar á la parte exterior de la finca, de modo que forme un gran caballon, que aumentará la altura de la zanja en un metro por lo ménos.

El cercado así formado es el más barato y más prontamente construido.

Terminado el cierre del perímetro de la finca, se debe proceder á sembrar el lomo del caballon con zarza y espino, lo que produce un nuevo muro sobre la altura de la zanja y del caballon, lo que puede dar una altura total de 4 metros por lo ménos.

Excusado es decir que la zanja que sirve de base al cercado se debe interrumpir en todos los caminos que dan acceso á la finca, y proveer estos huecos con buenas puertas ó con portillos hechos de fuertes listones de madera.

En las puertas ó portillos más usados es conveniente que se sitúe una casa de guarda, á fin de que vigile la entrada. Las puertas deben estar siempre cerradas y no abrirse más que para dar paso á los habitantes del parque y á los cazadores.

La casa destinada á vivienda de los dueños del parque debe situarse en el punto más céntrico, siempre que circunstancias especiales no se opongan á ello. En ella vivirá el encargado del parque, y estarán á su cargo todos los objetos pertenecientes á caza, así como el entretenimiento é instrucción de los perros que fueren necesarios; asimismo cuidará de hacer recoger la bellota, si el monte tuviere encinar, robledal ó quejigar, á fin de que en años pobres de pasto de invierno pueda darse pienso á las reses, cuando el parque sea de muy pequeñas dimensiones. Esta medida no es factible cuando los parques son mayores de 300 hectáreas.

La casa principal deberá tener buenas cuadras para que los perros estén bien acondicionados, así como las caballerías necesarias durante la permanencia en ella de

los dueños, para el transporte de las reses desde el monte á la casa.

Allí donde el terreno lo permita se procederá á la apertura de calles, que en las partes más llanas del monte serán de 10 metros de anchas, y en la parte montuosa la anchura se reducirá á 6 metros. En estas calles, y en los sitios más á propósito para situar los puestos, se fijarán á una distancia de 150 metros los unos de los otros y del lado de donde viene el ojeo. Si los puestos estuviesen descubiertos por su proximidad al monte alto, se formarán unos resguardos ó tollos de forma semicircular, de modo que la parte convexa caiga á la parte de donde viene dirigido el ojeo: detras de ellos se situará un tirador.

Preparado el terreno, ó más bien, dispuesto el parque á recibir sus futuros moradores, nada nos queda más que situarlos en condiciones de poderle poblar convenientemente.

Si tomamos como norma un parque de 1.000 hectáreas de superficie, y en el supuesto de que queremos poblarle de ciervos, gamos, corzos y jabalíes, teniendo en cuenta que cada ciervo, así como el jabalí, necesitan 2 hectáreas de superficie, que los gamos exigen 1,50 hectáreas por por cabeza y los corzos una hectárea, la suma total de reses tendría que ser de 675 de las cuatro especies, distribuidas en la forma siguiente:

100 ciervos que exigen una superficie de.	200 hectáreas.
100 jabalíes.	200 »
250 gamos.	375 »
225 corzos.	225 »
675 reses.	1.000 hectáreas.

Ahora bien, si desde luego instalamos un ciervo y 10 ciervas de vientre, es lo probable que cada año nos diessen éstas seis crías; de modo que al fin del primer año tendríamos 17 reses cervunas. Caso que la mitad fuesen hembras, cuando estas últimas tuviesen dos años, ó lo que es lo mismo, al fin del tercer año, tendríamos las 17 reses más nueve crías, que da un total de 26. De éstas habria 13 hembras viejas y 4 jóvenes, las que no darian cría hasta el quinto año.

Al fin del quinto año podríamos obtener 12 crías por lo ménos, que unidas á las 26 que habia en los años anteriores nos darian 38, de las cuales la mitad ó más serian hembras. Más las 18 crías del cuarto año, dan 56 reses.

En el sexto año, suponiendo que alguna de las hembras quedasen vacías, podríamos contar con un aumento probable de 25 crías; de modo que en el décimo año de su instalación tendríamos el cupo de 100 reses, habiendo podido cazar los machos sobrantes desde el quinto año; y debo advertir que desde el séptimo año ya no se deben tirar más que el exceso de ciervos viejos, dejando uno por cada 15 ciervas, y los ciervos que tengan más de 8 candiles. Una vez lleno el cupo de las reses de cada especie que corresponda á la superficie del parque, se tendrá especial cuidado en no tener muchos ciervos viejos, los que se irán matando á medida que los jóvenes lleguen á esta categoría. Además, todos los años habrá un pequeño contingente de hembras viejas que no den crías, así como una cifra de jóvenes machorras, que unidas al catálogo de los venados cazables, darán un buen número de reses para cazar.

Respecto á los jabalíes, creo que con un guarro y cuatro cochinas sería más que suficiente para en pocos años llenar el cupo fijado de antemano.

Toda vez que una jabalina pare de 5 á 13 jabatos, y no tomando más que 7 jabatos como término medio, como cría probable de cada hembra, las cuatro jabalinas nos darian al fin del primer año 28 crías. Siendo, como generalmente sucede, la mitad hembras, al fin del año siguiente tendríamos 18 hembras de cría que podrian dar 136 jabatos, que unidas á las 33 ya existentes, nos darian un total de 169 cerdos. De modo que al fin del tercer año habríamos obtenido el resultado apetecido, con un sobrante de 69 cochinos.

Ahora bien, esta especie necesita, como no se ocultará á nuestros lectores, un monte poblado de encinar, robledal ó quejigar, pues de no haber este pasto en el monte, es imposible criar esta especie.

Respecto al gamo, no entraremos en detalles, pues le cuadra todo lo dicho para el ciervo; únicamente, como

(I) Conclusion.—Véase el número anterior.

el número es mayor, tendríamos que esperar mayor número de años.

Por lo que toca al corzo, como esta especie da dos individuos por cría anual, con un par de machos y 10 hembras se tendría al fin del décimo año el cupo propuesto, con más un exceso.

De todo lo anteriormente dicho se deduce que hasta el décimo año no se tendría el número de reses repartidas en la proporción que se ha establecido por norma; pero toda vez que el jabalí aumenta tan considerablemente, no debe matarse el número que exceda de ciento, hasta que se haya llegado á la cifra que deben alcanzar las otras tres especies, ó si no, más bien, dejar que aumenten en los cinco primeros años, y pasado el sexto año ir matándolos gradualmente á fin de dejar superficie para las otras, y al mismo tiempo proporcionarnos las ventajas de cazar mayor número de reses.

Como consecuencia de lo anteriormente expuesto, podríamos fijar ya el número de reses que se pueden cazar anualmente en 75 ciervos y ciervas, 200 gamos de ambos sexos, 400 cochinos y 250 corzos; así, pues, tendríamos una posibilidad de 925 reses de las cuatro especies.

Este número podrá variar según los años, pues unos son propicios para la cría, y otros, en cambio, serán malos. El cómputo se tendrá que hacer todos los años en vista de los resultados de la paridera.

Habiendo la proporción de criar faisanes, y prefiriendo el dueño del parque poseer esta excelente volatería, deben omitirse los cerdos, por ser muy dañinos á los nidos de dichas aves.

Las liebres se pueden criar en todos los casos, y no aconsejariamos tener parque sin liebres, pues su producción es grande y proporciona grandes utilidades, además de que se pueden cazar en un parque de 1.000 hectáreas más de 4.000 liebres al año, en el caso de no querer más que dos liebres de cría de existencia por hectárea.

Un venado ó cierva de 100 kilogramos de peso vale en el monte más de 50 pesetas; un gamo de 75 kilogramos vale 37,50 pesetas; un corzo vale en el monte 7,50 pesetas; un cochino de 65 kilogramos de peso vale 50 pesetas. Así, pues, el valor de las reses muertas en un año puede ascender á 31.625 pesetas. Si á esto añadimos el valor de las 4.000 liebres al precio de 0,75 de peseta cada una, ó 3.000 pesetas, producto total de ellas, tendríamos una suma de 34.625 pesetas como renta anual probable del parque. Estos valores se bonificarán á medida que la distancia del parque á la capital sea menor.

Pasemos al coste de instalación de un parque de 1.000 hectáreas de superficie.

Si ésta no es muy irregular y la longitud y latitud son próximamente iguales, el perímetro de la finca tendrá unos 14.000 metros, y siendo sólo tierras lo que se debe mover, costará la construcción del metro lineal de cerca una peseta: por consiguiente,

Por 14.000 metros lineales de cerca á una peseta metro.	14.000 pesetas.
Por 4 puertas en la misma y por la semilla que ha de formar el seto vivo.	6.000 id.
Por la roza del terreno para abrir veinte calles de 7 metros de ancho, á una distancia de 300 metros unas de las otras, contando que tengan una longitud de 3.000 metros cada una.	20.000 id.
Cuatro casas de guarda á 1.000 pesetas una.	4.000 id.
Una para habitación de los cazadores.	12.000 id.
Coste de las reses necesarias á la instalación.	5.000 id.
Total.	61.000 pesetas.
Interés de este capital al 10 por 100.	6.100 id.
Por sueldo de cuatro guardas á 1.000 pesetas.	4.000 id.
Por id. del encargado del parque.	3.000 id.
Por reparaciones de la cerca.	2.000 id.
Por id. de los edificios.	1.000 id.
Por imprevistos.	2.000 id.
Total de los gastos ó cargo de la finca.	18.100 pesetas.

Siendo el *Cargo* de la finca 18.100 pesetas y la *Data* ó producto 34.625 pesetas, el saldo que queda á favor de los productos es de 16.525 pesetas anuales para amortizar el capital empleado en la instalación.

Nuestros lectores habrán podido observar que he puesto la producción á precios bajos; en cambio los gastos de sostenimiento los he elevado á más de lo que general-

mente se debe presuponer; sin embargo, se ve que hay un sobrante bastante respetable.

Estos rendimientos empezarán á regir desde el décimo año de la fundación del parque; pero aún cuando los ciervos, corzos y gamos nos den pocos productos en los años intermedios, en cambio los jabalíes y liebres podrán dar más que lo que arroja el presupuesto anual de gastos, á contar desde el tercer año.

En el caso que el terreno contenga mucha roca, conviene que sobre ella se construya muro.

Creemos haber expuesto todo lo indispensable respecto á parques de caza. Si algun lector de LA ILUSTRACION VENATORIA deseara tener más datos, estamos dispuestos á dárselos particularmente.

I. LOPEZ DE LA TORRE AYLLON.

HIRTA,

LA ISLA DE LOS CAZADORES.

En uno de los parajes menos frecuentados del Atlántico, al Oeste de las Hébridas y á 160 millas de Glasgow, se encuentra una isla pequeña, olvidada por la mayor parte de los geógrafos.

Se llama Hirta, y es mucho mejor que la república de Platon, porque existe, al paso que aquélla es puramente imaginaria. Muy poblada, con relación á su territorio, reina en Hirta una igualdad absoluta bajo el dominio de la ley agraria: los habitantes no se dividen las tierras, pero sí los productos con toda equidad y justicia, lo cual, en vez de empobrecerlos, los hace ricos á su manera, y en particular conforme á sus deseos.

¿Qué más pueden ambicionar? A algunas millas de distancia semeja Hirta un punto negro en el horizonte; pero á medida que los navegantes se van acercando á ella, el punto se convierte en una roca, la roca, en una montaña, y la montaña, en una isla entera, cuyas costas, cortadas á pico, se elevan por todas partes como murallas de prodigiosa altura. Diríase que es una torre enorme, un pilar gigantesco y solitario, abandonado allí á merced del ciego furor de las olas del Océano.

Los viajeros que dispensan á esta isla el honor de conocerla, la designan con el nombre de *Tenerife de las islas Británicas*, porque el *Conachan*, pico principal de las alturas, se eleva, envuelta su cresta en un capuchon de blancas nubes, á 1.400 piés sobre el nivel del mar, en forma de un tajo terrible, cuya base azotan las olas de continuo con extraordinaria violencia.

Al aproximarse á las rocas de Hirta en un *steamer*, que en el momento de mojar en la bahía, deja escapar el vapor con ese ruido estridente y desagradable que todos conocemos, se ve á los peñascos despojarse de repente de una especie de túnica blanca que los cubría por completo, túnica que consiste en millones de palomas, gaviotas y otras aves acuáticas, que parece se desgarran con el ruido del trueno, extendiéndose á lo lejos como un velo inmenso flotando al capricho del viento. Es un torbellino viviente, que oscurece el aire; es, en una palabra, el palomar del país, porque el pájaro que más abunda es la paloma torcaz, de que los habitantes de Hirta hacen un consumo inmenso, y constituye además su elemento esencial de riqueza.

Cubiertas de plumas desde los piés hasta la cabeza, las mujeres presentan el aspecto de Mercurios, aunque no tienen la gracia ni la desenvoltura del mensajero del Olimpo. Los hombres se confunden á lo lejos con pájaros adultos, según el número de plumas que llevan pegadas al traje y á las carnes, y todo el mundo duerme en mullido lecho de plumas, sin manta, sábana, ni cosa por el estilo. Los tejados de las casas están cubiertos de plumas volantes, esmaltada la tierra, esparcidas sobre el césped de las praderas como flores del mes de Mayo, lleno el estiércol en los campos, y hasta empedradas las calles de la aldehuela que sirve de capital á la isla. Cualquiera creería que la pluma es la única semilla sembrada en los surcos que labran los indígenas; las plumas voltean incesantemente al rededor de la cabeza; el aire que se respira está lleno de moléculas blanquecinas que invaden la boca y las ventanillas de la nariz; así es que consiste en estor-

nudar la principal ocupación de los naturales de Hirta y de cuantos ponen la planta en su accidentado territorio.

La caza continúa que allí se hace á las aves no exige pólvora ni escopeta, sino hombres ágiles y resueltos, provistos de unas largas y fortísimas correas formadas de tres ramales de piel de vaca curtida, trenzados, ó por mejor decir, torcidos, y cubiertos en toda su longitud de una especie de vaina de piel de carnero, que aumenta el volumen sin disminuir la flexibilidad. Hé aquí el aparato.

Después de desliar las correas en el césped, los cazadores se dividen por parejas, atándose aquéllas por medio del cuerpo, de modo que queden libres los movimientos de brazos y de piernas, dirigiéndose luego al borde del abismo en el sitio en que el *Conachan* mide su mayor altura. Uno de los cazadores se coloca en la plataforma granítica, asiéndose bien con los piés y las manos, mientras el otro se desliza ó cae á lo largo del muro perpendicular, balanceándose en el vacío á la extremidad de la cuerda correosa de que ya hemos hablado. En esta situación estudia y examina los peñascos, y una vez escogido el sitio que le acomoda, imprime á la cuerda un movimiento fuerte de balance, y va justamente á poner el pié donde quiere, y se agarra á los puntos salientes con tal fortaleza, cual si los dedos de sus manos fuesen tenazas de hierro.

Sorprendidas las aves en las anfractuosidades que habitan, arrancan á volar en nubes espesas, como si tratasen de cegar á sus perseguidores; pero éstos no se intimidan ni se distraen con tan estrepitosas evoluciones, sino que se apoderan sobre la marcha de los polluelos que hay en los nidos y de todos los huevos que allí encuentran.

Cada cazador se provee pronto de un collar y un cinturón de pájaros, poniendo cuantos huevos caben entre el pecho y la camisa, subiendo á la plataforma para desembarazarse de la carga y volver á comenzar la faena.

Aquellos hombres, adheridos á la roca y pendientes de las cuerdas que hace invisible la distancia, tienen la apariencia de moscas de gran tamaño, acabando de completar la ilusión un canto sordo y monótono con que acompañan sus movimientos, canto que desde lejos remeda perfectamente al zumbido.

La destreza de los cazadores es prodigiosa: suben y bajan en un abrir y cerrar de ojos precipicios de más de seiscientos piés de altura, tan confiados en la fuerza y en la lealtad del camarada que los sostiene desde lo alto, como si estuviesen amarrados á una columna de hierro.

De todas cuantas cacerías se conocen, ésta es la más vertiginosa, y sin embargo, los brazos son tan vigorosos y tan sólidas las cuerdas, que no sucede casi nunca ninguna desgracia.

Las cuerdas se transmiten de una en otra generación, y se consideran como la herencia más preciosa de que puede disfrutarse. Es á la vez un objeto de lujo y de suma utilidad, tenido en gran estima por los habitantes de Hirta. La correa de caza es el primer artículo y el legado más importante del testamento paterno. Una joven que hereda la cuerda se considera como uno de los mejores partidos de la isla, é infinitad de pretendientes se la disputan con empeño.

Estas cuerdas deberían usarse y gastarse á la larga; pero la sal, por una parte, las preserva de los estragos del tiempo, y por otra, la piel de carnero, renovada cada año, las defiende de las asperezas y de los picos de los peñascos.

No hay ejemplo de que jamás se haya roto ninguna correa, ni memoria de que haya sobrevenido más que una catástrofe, y aún esa, debida á la malevolencia de un hombre que no era hijo del país.

Vamos á referir los pormenores de tan lúgubre como dramática aventura.

Á mediados del año 1821, un buque mercante, en la apariencia, se detuvo cierta mañana á una milla de la isla, destacando un bote tripulado por varios hombres, que se dirigió hacia la bahía. Los insulares, al verlo, se metieron en sus casas como de costumbre, no sabiendo si tenían que habérselas con amigos ó enemigos.

Llegados los marineros á la playa, saltaron cuatro de ellos en tierra, llevando á hombros un cuerpo extraño, que depositaron á cuarenta pasos de la orilla, en un sitio



CAZA DE TOROS SALVAJES.

donde no podía llegar la marea llena, hecho lo cual, volvieron al barco á fuerza de remos.

Vueltos los insulares de su terror, bajaron á la playa, donde se oían sordos gemidos procedentes de un saco, dentro del cual se agitaba un sér viviente. Abierto el saco, salió de él un hombre, jóven todavía, maldiciendo y amenazando con los puños cerrados, á través del espacio, á los que así acababan de abandonarle.

Al cabo de algun tiempo, y así que se hubo familiarizado con el dialecto del país, dijo á sus habitantes que era un irlandés llamado Guillermo Power, y que siendo contramaestre de un buque mercante que iba á Jamaica, la tripulación, sublevada, despues de matar al capitán, lo habia depositado á él en aquella isla que se creía desierta.

Los pobres insulares, llenos de buena fe, creyeron aquella novela, y léjos de ver en Power un criminal, lo acogieron como la víctima de un odioso atentado.

El irlandés fué poco á poco acostumbrándose á la vida de la isla, convirtiéndose en el cazador más experto y valiente de todos los que registraban las rocas en busca de nidos de pájaros.

Divertía á las gentes con la relacion de sus viajes y aventuras, ó cantando las poéticas baladas de su país; solamente los ancianos, por un instinto de prudencia y de buen sentido, se mantenían en guardia, sintiendo hácia el irlandés una repulsión, que no trataban de ocultar. Pero los jóvenes y las mujeres le amaban como aman todo lo que es nuevo, misterioso y valiente.

Más de un año hacía que Power estaba en Hirta, sin que durante este tiempo hubiese arribado barco alguno á sus costas, cuando de repente el rostro del aventurero se llenó de sombras y de tristeza.

Vamos á saber por qué.

Habia en la isla una muchacha llamada Alina, hermosa, bajo el punto de vista de los países septentrionales, es decir, con ojos azules como el myosotis; cabellos rubios como rubias son las espigas en el verano; tez blanca como el ala de la gaviota, y mejillas como una aurora de primavera. Era prometida esposa de Harris, jóven cazador, íntimo de Power, su constante compañero de caza, y que hasta le llevaba con frecuencia á la vivienda de su novia.

Lo que habia de suceder, sucedió al fin: el irlandés se enamoró perdidamente de la jóven, quien, dicho sea de paso, le detestaba desde el primer día que lo vió, con toda la fuerza de su alma, y que rechazó, por consiguiente, con horror y con energía las proposiciones que se atrevió á hacerle una tarde.

Power, viéndose deshauciado, corrió á la cabaña de Harris, ignorante de cuanto acababa de suceder, invitándole á ir de cacería á la mañana siguiente al pico de Conachan.

Accedió Harris á la propuesta, y á pesar de que soplabá un viento horroroso, acudió al punto de cita, donde ya le esperaba su falso amigo. Ambos se ataron las cuerdas al rededor de la cintura.

—¿Cuál de nosotros bajará al gallinero? preguntó el irlandés, aparentando deseos de lanzarse al espacio.

Gallinero llaman en el país al sitio en que es más abundante la caza.

—Yo, yo bajaré, contestó el valiente Harris con apresuramiento.

No se lo hizo el traidor repetir dos veces, y Harris, viendo á su amigo colocado en la cornisa, se deslizó á lo largo de los peñascos, viéndose pronto suspendido en los aires á más de 1.000 piés del abismo, y sin otro sosten que la mano de su compañero.

Cuando éste le vió junto á un acantilado liso como una plancha, y sin ningún punto saliente en que apoyarse, lo llamó con una voz que dominaba al ruido del viento.

—¿Qué quieres? le repuso Harris.

—Quiero decirte que tu vida me pertenece.

—Como me pertenece á mí la tuya cuando bajas aquí y yo me quedo en la cornisa.

—Harris, escúchame: yo amo á tu prometida Alina, y quiero ser su esposo.

—Tú estás loco, amigo mio.... te olvidas de la caza y de que con esos gritos que das vas á espantar á los animales.

—¡Váyanse las aves al diablo! exclamó ferozmente el irlandés. Te pregunto por última vez si quieres renunciar á la mano de tu futura.

—¡Renunciar á ella! ¡jamás! repuso enérgicamente el esforzado Harris.

Power, pálido de ira, aproximó el cuchillo abierto á la cuerda de que pendía su rival.

Éste contempló un instante lo que habia debajo de él, viendo á una profundidad vertiginosa la mar blanca de espuma, y erizada de negros y puntiagudos peñascos. Luégo levantó la cabeza, fijándose en el cielo, en la repisa de la roca, en la espantosa mirada de Power y en el filo del cuchillo, puesto ya en contacto con la cuerda. La desesperacion triplicó sus fuerzas: dió un movimiento de impulsión á aquélla, por si podía subir un poco; pero apenas cesó dicho movimiento, se encontró en el mismo sitio que ántes ocupaba.

La frente del infortunado jóven estaba inundada de sudor frío, y sus cabellos, erizados de terror, parecían las púas de un puerco espin.

El cuchillo del irlandés cortó la envoltura de piel de carnero.

—¡Infame asesino! gritó Harris en el paroxismo de la rabia; puesto que estás decidido á perderme, morirás también conmigo.

Y arrojó á la cabeza del miserable un trozo de roca que se le habia quedado entre las manos mientras hacía esfuerzos para agarrarse en alguna parte.

La piedra fué á dar en medio de la frente del irlandés, que vaciló, derramando un torrente de sangre.

—¡Ya estoy vengado! exclamó Harris con feroz alegría.

Y asíéndose á la cuerda que Power se esforzaba en cortar, á pesar de que la sangre le cegaba por completo, la sacudió con toda la energía que quedaba aún en sus cansadísimos brazos. El asesino se tambaleó, limpióse la sangre con trabajo, y puso todo su empeño en cortar el único que le quedaba de los tres ramales de la cuerda, creyendo así librarse para siempre de su compañero, que, furioso y desesperado, se agitaba como se agita el tiburón prendido por el anzuelo á la férrea cadena del pescador.

¡Vana ilusión y engañadora esperanza!

Las sacudidas de Harris le hicieron perder el equilibrio; el cuerpo del miserable pendía casi sobre el abismo mientras trataba con las manos de afianzarse á las rocas, en donde se le quedaban incrustadas las uñas. Los tirones de la víctima concluyeron por arrancarlo de la plataforma, y ambos, amarrados por la misma cuerda, fueron á morir del mismo golpe á 1.000 piés de profundidad, estrellándose contra los arrecifes que la marea baja deja al descubierto junto á la base del Conachan.

Recogidos los cadáveres al día siguiente, se supo, por unos papeles encontrados en la faltriquera de Power, que éste formaba parte de la tripulación de un corsario americano, cuyo comandante, á consecuencia de un acto de insubordinación, le habia mandado arrojar á una playa que se suponía desierta.

Tal es el único drama de que los cazadores de Hirta guardan tan triste como pavoroso recuerdo.

J. M. C.

CAZA DEL JAGUAR.

Ante todo digamos algo de la fiera que vamos á buscar con la mente en los bosques americanos, donde tiene su refugio y su guarida.

El jaguar es valiente hasta lo increíble; tiene como armas agudísimas garras y afilados dientes, y le impulsa en los combates un apetito voraz de carne humana, que no se sacia nunca.

Con tales elementos, dicho se está que el cazador le considera como un enemigo formidable.

Su piel leonada y con un brillo extraordinario está manchada de negro, y en su cabeza chata y huesosa se destacan dos pupilas rojas que lanzan rayos de fuego hácia el objeto de que intenta apoderarse. No deja de mover la cola; tiene las orejas en continuo acecho, y en sus movimientos convulsivos denota la rabia y la impaciencia que le anima.

Tal es, descrito á grandes rasgos, el jaguar que vive en la selvática independencia de su país, el luchador infatigable, que no teme más que á su eterno rival, el puma ó león americano.

Los chilenos cazan el jaguar con lazo y van á acosarle á lo más intrincado de los bosques de otros países, porque Chile no los tiene en su territorio; pero hay en torno del suyo jabalíes, pumas, jaguares y serpientes de cascabel, cuya presencia es por sí sola una amenaza, y su mordedura la agonía de la muerte.

Hijo del aire, de la libertad y del espacio, el cazador chileno trepa á las crestas más elevadas y á los parajes más inaccesibles.

Un poncho le cubre la espalda; lleva en la cintura su formidable cuchillo, en la cabeza un sombrero de paja, en la mano derecha el lazo terrible, la escopeta á la espalda, montando un ligero y pequeño corcel, que maneja fácilmente á su capricho.

Sigámoslo ahora en su ardorosa carrera.

Tiene á sus piés el desierto, pero un desierto infinito, inmenso, que se pierde ó se confunde con la línea del horizonte sensible, abrasado por un sol de fuego, y cuyo silencio sólo interrumpen el galopar de millares de caballos salvajes que cruzan la llanura, los rugidos del jaguar, como si se indignase de que alguien le disputara el imperio de sus dominios, y los bramidos pavorosos del pampero, ese aire más terrible aún que el siraco de Africa, que se desencadena de repente, que estalla como el rayo, asolando y tronchando sin piedad todo lo que encuentra á su paso. A este viento mortífero y devastador deben su nombre las pampas americanas.

El caballo del cazador se detiene de pronto y tiembla, no de miedo, sino de impaciencia; es que ha olfateado al jaguar, y de un salto se pone enfrente de su enemigo.

El jinete tira la punta del cigarro de papel que lleva siempre en los labios; se asegura de si están bien dispuestas las armas; murmura en voz baja algunas palabras, que cualquiera tomaría por un rezo ó una invocación, y se dirige al jaguar, que le espera tendido en tierra para ofrecer menos blanco á las balas. Entónces el chileno voltea su lazo y lo arroja á su enemigo, cuyas patas y cabeza se ven al punto oprimidas y martirizadas por las bolas; y una vez hecho esto, el cazador, para no estropear la hermosa piel del animal, se baja del caballo, mide con la vista la distancia que hay que salvar, y despues se tiende de espaldas con el lazo al lado y el dedo en el gatillo de la escopeta.

El jaguar, viendo solo al corcel y creyéndolo desamparado, se lanza como una flecha, pasando por encima del hombre que está á la cabeza del caballo, y entónces es cuando el cazador hiere en el vientre á la bestia feroz, dejándola sin vida.

Si ha errado el tiro, saca el puñal y comienza la lucha; pero una lucha feroz, porque ninguno de los combatientes huye el peligro; y si el jaguar pugna por degollar al hombre, éste con la punta del cuchillo le registra el sitio del corazón hasta extinguir en él el último latido.

Estas refriegas terminan casi siempre de un modo favorable para el hombre; pero cuando el episodio es terrible, es si tres ó cuatro jaguares se arrojan sobre un solo cazador en el desierto.

El chileno que ha visto desde léjos la hambrienta jauría, no vuelve grupas, sino que la espera á pié firme, por más que presienta la suerte que le espera.

Dispara la escopeta casi á la ventura, pero el tiro no ha herido acaso más que á uno de sus adversarios, echa luégo el lazo, y por último saca el cuchillo; las garras de los jaguares se clavan en él, pero sigue hiriendo sin dar á la mano tregua ni reposo.

La refriega, harto desigual, tiene, por lo comun, un desenlace espantoso. El chileno y el caballo pierden su sangre por la boca de veinte ó treinta heridas, hasta que al fin caen ambos y exhalan en silencio el último suspiro.

Celébrase despues un festin horrible, y al día siguiente las águilas y los buitres que cruzan el espacio ven en el suelo restos mutilados, y á los jaguares que han quedado con vida ahitos de carne y reposando junto á un lago de sangre.

A. G. C.

LOS TACOS.

Si debe hacerse con gran discernimiento la elección de tacos para esos cartuchos que se adaptan á las escopetas

modernas de culata movable, mayor importancia tienen los que se destinan á las armas antiguas de baqueta; así es que no nos parece ocioso que nuestros lectores conozcan las diferentes trasformaciones que han experimentado en algunos años, indicándoles las que la experiencia aconseja como más útiles en el terreno de la práctica; pues aún hay muchos cazadores que usan escopetas que se cargan por la boca.

En la época, algo lejana por desgracia, en que comenzaron nuestras hazañas venatorias, y en que, dicho sea de paso, abundaban más que hoy las piezas de caza, no se preocupaban gran cosa los cazadores de lo que había de ponerse encima de las municiones y de la pólvora. Se llevaba en la faltriquera un periódico ó algunas hojas de papel de estraza: cortábase un pedazo, redondeándole entre las palmas de las manos, metiendo la bolita en el cañon sobre la pólvora, y atacando dos ó tres veces con la baqueta, y luego se hacía otro taco igual que iba encima de las municiones. Si por casualidad se agotaba la provision de papel, se echaba mano de ese musgo flexible y verdoso que cuelga de las ramas de algunos árboles, ó si no, de hojas secas que quitaban el estruendo á la detonacion, haciéndola semejante al chasquido de un látigo.

Cuando en el mes de Agosto se tiraban tórtolas y estaba la cosecha apilada en gavillas, cambiábase por precaucion el papel, sustituyéndole con el esparto ó con borra de pelo de vaca, que se compraba en las tiendas de los guarnicioneros, y que tenía la propiedad de no inflamarse á la explosion de la pólvora. Pero era inútil oprimir aquella borra entre los dedos, porque no pasaba de ser un taco elástico, desigual y muy propenso á llenar los cañones de pelos cortos, que unidos á la mugre de la pólvora, los ensuciaban hasta el punto de que la baqueta no podía llegar hasta el mismo fondo. Para las aves acuáticas se servían algunos cazadores de tacos de cáñamo, hechos con el deshilachado de cuerdas embreadas, pero que tenían el grave inconveniente de imprimir al arma un retroceso espantoso é irresistible.

Tales fueron los tacos primitivos, hasta que, andando el tiempo, vinieron con él los adelantamientos de la industria, y comenzaron á fabricarse unos tacos de papel fino que se veían colgados en los escaparates de los armeros y de las tiendas de quincalla, y ensartados en un hilo como las cuentas de los rosarios. Dichos tacos daban á la carga una altura y una fuerza casi uniforme, y aún se usan actualmente en las tiradas que no exigen mucho alcance, como las de la codorniz, las de alondras, becacas, etc., etc.

Los perfeccionamientos de las escopetas de percusion, toda vez que aún no se conocían las armas de culata movable, trajo consigo tambien, como consecuencia, el perfeccionamiento de los tacos, construyéndose de pedazos redondos de fieltro, cubiertos por uno y otro lado de una hoja de papel fino y engomado.

Duró el sistema varios años, sin hacer progresos sensibles, pero comenzó la era de las escopetas modernas de caza, operando un cambio casi radical en la armería; los animales perseguidos y acertados por tiros incesantes y mortíferos, sin que el cazador apenas se tomase el trabajo de apuntarles, perdieron su tranquilidad y su confianza, trasladándose á puntos distantes, y entónces fué necesario modificar la manera de cargar para dar mayor alcance á las escopetas antiguas. Hiciéronse numerosos ensayos y cambios en la recámara de las armas; pero esto no bastaba, y se fabricaron tacos de cuero untado de grasa, de carton y de corcho, unos fuertes y otros endebles, unos cóncavos y otros convexos, ya llenando exactamente el calibre del cañon, ya con cuatro ó seis ranuras en los bordes para facilitar el paso del aire. Luego se construyeron diversos cartuchos, se dividió la carga y se inventaron tantos sistemas y procedimientos, que resultó un *mare magnum*, una confusion, de la que no brotaban ni la luz ni los medios de comparar y apreciar con calma los sistemas referidos.

La experiencia, que todo lo depura y aquilata, permite ya ver más claro en el asunto, y vamos á indicar cuál es, á nuestro juicio, la mejor manera de cargar una escopeta del antiguo modelo.

En un artículo anterior hemos recomendado, y hoy volvemos á repetirlo, que no se ponga exteriormente accite ni á las llaves ni á los cañones, porque á pesar de todo el esmero con que se haga la operacion, las armas se oxidan

y se pican, lo cual es ya un grave inconveniente para conseguir la perfeccion de la carga.

En este acto, y como la baqueta desempeña el papel más importante, es preciso que, sin perjuicio de adaptarse sólidamente al arma, pueda sacarse con facilidad. Para el caso que en tiempo húmedo se hinche la madera y no quiera salir de las abrazaderas, no se ha de poner la escopeta en el suelo ni tirar hácia arriba; ejercicio peligroso, toda vez que las bocas de los cañones están precisamente mirando á nuestro cuerpo, sino llevar en la faltriquera un poco de hilo bramante, con el que se hace un nudo corredizo que se pasa por el extremo superior de la baqueta, que sale al tirar lo mismo que el tirabuzon hace salir el tapon de una botella.

Las mejores baquetas son las de ballena ordinaria, porque las de madera tienen el inconveniente de hincharse, las de hierro de rayar los cañones, gastar los orificios y ser demasiado pesadas al golpear sobre los tacos, y las de caoutchouc endurecido se rompen con suma facilidad, dejando al cazador inutilizado en los momentos quizás que más necesita de tener el arma dispuesta.

La cabecilla de cobre de la baqueta ha de tener casi exactamente el calibre de la escopeta, entrando con un poco de holgura, aunque no mucha, porque si es demasiado pequeña, los tacos no bajan bien ni oprimen como deben las municiones y la pólvora. El otro extremo de la baqueta va provisto por lo comun de un sacatrapos, accesorio demasiado importante para que todo buen cazador no deje de examinarle y ver si está útil, por si en un momento dado se ve en la precision de descargar la escopeta.

Tambien deben vigilarse mucho las chimeneas, que han de tener el mismo calibre de las cápsulas. Si son muy chicas, se caen al suelo estas últimas; si son demasiado grandes, se rajan al entrar forzosamente, y en vez de una cápsula ó piston entero, se lleva una especie de tulipan abierto, que deja escapar la mitad de la intensidad del fulminante.

Hay cazadores partidarios de que no se desmonten nunca las chimeneas, opinion de que estamos muy lejos de participar, porque haciéndolo así, la pieza forma casi un cuerpo con el hierro del cañon, y se necesitan esfuerzos heroicos ó la mano del armero para moverla de su sitio.

El buen cazador ha de procurar siempre poder obrar por sí mismo en caso de un accidente imprevisto, sin exponerse á verse con el arma inutilizada en medio de los lances interesantes de su distraccion favorita.

J. C.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 17 DE OCTUBRE DE 1879, Á LAS TRES DE LA TARDE.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y tres tiradores, la ganó, matando dos de dos tiros, el Sr. Vizconde de la Torre de Luzon, contra los Sres. Marqués de Ahumada y Marqués de Bendaña.

La segunda piña, lo mismo que la anterior, la ganó, matando dos de cuatro tiros, el Sr. Marqués de Bendaña, contra los Sres. Marqués de Ahumada y Vizconde de la Torre de Luzon.

La tercera piña, cada uno á su distancia, de tres pichones y cuatro tiradores, la ganó, matando cinco de ocho tiros, el Sr. Marqués de Ahumada, contra los Sres. Vizconde de la Torre de Luzon, Marqués de Bendaña y Marqués de Castrillo.

La cuarta piña, cada uno á su distancia, de tres pichones y cinco tiradores, la ganó, matando dos de dos tiros, el Sr. Conde de Redern, contra los Sres. Okolicsanyi, Marqués de Ahumada, Vizconde de la Torre de Luzon y D. Santiago Udaeta.

La quinta piña, lo mismo que la anterior, de seis tiradores, la ganó, matando tres de tres tiros, D. Santiago Udaeta, contra los Sres. Okolicsanyi, Marqués de Ahumada, Marqués de Bendaña, Conde de Redern y Vizconde de la Torre de Luzon.

La sexta piña, cada tirador á su distancia, de cinco pichones y cinco tiradores, la partieron entre los Sres. Okolicsanyi y Marqués de Ahumada, los cuales mataron ocho de nueve tiros, contra los Sres. Marqués de Bendaña, Conde de Redern y D. Santiago Udaeta.

La séptima piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y siete tiradores, la ganó, matando tres de tres tiros, el Sr. Okolicsanyi, contra S. M. el Rey y los Sres. Marqués de Ahumada, Marqués de Bendaña, Vizconde de la Torre de Luzon, Conde de Redern y D. Santiago Udaeta.

La octava piña, cada uno á su distancia, de un pichon y ocho tiradores, la ganó, matando cuatro de cinco tiros, el Sr. Conde de Gomar, contra S. M. el Rey y los Sres. Okolicsanyi, Marqués de Ahumada, Conde de Redern, D. Santiago Udaeta, Vizconde de la Torre de Luzon y D. Juan Horteiga.

Presenciaron la tirada SS. AA. RR. las Sermas. Sras. Princesa de Asturias é Infantas D.^{as} María de la Paz y D.^a María Eulalia, las Sras. Duquesa de Ahumada, Marquesas de Nájera y de Calderon, Vizcondesa de la Torre de Luzon y Srta. D.^a Concepcion Giron.

La tirada terminó á las cinco y cuarto.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 24 DE OCTUBRE DE 1879, Á LAS TRES DE LA TARDE.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y cinco tiradores, la ganó, matando tres de tres tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Marqués de Ahumada, Vizconde de la Torre de Luzon, Conde Redern y Mr. Hecquard.

La segunda piña, lo mismo que la anterior y seis tiradores, la ganó, matando seis de seis tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Marqués de Ahumada, Vizconde de la Torre de Luzon, Conde de Gomar, Conde Redern y Mr. Hecquard.

La tercera piña, cada uno á su distancia, de cinco pichones y cinco tiradores, la ganó, matando cinco de seis tiros, el Sr. Conde Redern, contra los Sres. Marqués de Ahumada, Conde de Gomar, D. Eduardo Anspach y Mr. Hecquard.

La cuarta piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y ocho tiradores, la ganó, matando seis de siete tiros, el Sr. Marqués de Ahumada, contra los Sres. Hecquard, Anspach, Conde Redern, Conde de Gomar, Valdés, Du Bosc y Vizconde de la Torre de Luzon.

La quinta piña, á veintidos metros, de una carambola y seis tiradores, la ganó D. Antonio Valdés, matando tres de cuatro tiros, contra los señores Marqués de Ahumada, Hecquard, Anspach, Conde Redern y Du Bosc.

La sexta piña, cada tirador á su distancia, de un pichon y siete tiradores, la ganó, matando cinco de cinco tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Marqués de Ahumada, Hecquard, Conde Redern, Valdés, Du Bosc y Vizconde de la Torre de Luzon.

La tirada terminó á las cinco y media.

GACETILLA.

CARRERAS DE CABALLOS EN MADRID.—Estas están celebrándose los dias 7, 9 y 11 del corriente.

Poco á poco se va léjos.—*El Semanal*, de Pamplona, explica en las siguientes líneas lo que vamos adelantando en el buen camino:

«Con placer sin igual vemos que la semilla sembrada por LA ILUSTRACION VENATORIA, y cuidadosamente cultivada por el *Boletín* de aficionados, de Barcelona, *El Semanal*, de Pamplona, *La Revista Venatoria*, de Huesca, y las asociaciones ya formadas en distintos puntos de la Península, así como las distintas Sociedades en proyecto, se van dedicando á un fin homogéneo, y nos sonríe la esperanza de creer que la verdadera cruzada emprendida y proseguida con entusiasmo y decision, será traducida en el hecho positivo de que conseguiremos la repoblacion de la caza en España, y que la clase numerosa y respetable de aficionados verá satisfechas sus aspiraciones, compensando el dispendio de los gastos de las expediciones venatorias con los resultados que logrará en sus momentos de expansion.»

HONORES CINEGÉTICOS.—La Asociacion de cazadores y pescadores de Navarra ha favorecido con el título de Socio Honorario al Sr. Gutierrez de la Vega, Director de LA ILUSTRACION VENATORIA, con cuyo motivo, en su nombre y en el de esta redaccion, enviamos á la citada Sociedad el testimonio de nuestro agradecimiento, como tambien al apreciable periódico *El Semanal*, de Pamplona, que ha hecho público el generoso acto de los cazadores navarros.

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA.—Se ha publicado en esta importante Biblioteca el tomo 1 del *Manual del Conductor de máquinas tipográficas*, por don Luciano Monet, obra muy interesante.

PESCA INESPERADA.—En la travesía de Barcelona á Alcudia fué cogido por la tripulacion del pailebot *Solitaria* un enorme tiburón que pesaba más de 30 arrobas. Para pescarlo fué preciso toda la serenidad y pericia del patron Francisco Juan, quien, habiendo observado que el animal les seguía, acosado sin duda por hambre, dispuso que se formara un lazo con fuerte maroma y se le echara con el cebo correspondiente colocado en un gran anzuelo. Cayó en él, pero resistiéndose y haciendo tambalear el buque con sus fuertes sacudidas, en términos que fué imposible subirlo, y atado á la popa, fué muerto con algunos hachazos sobre la cabeza. Cuentan los que le han visto que es enorme, y que su boca está armada de afiladas hileras de dientes.

SERPIENTE MARINA.—Los pescadores de San Carlos de la Rápita que han salido hace dias al mar han visto delante de aquel puerto una gran masa movable que parecia una isla flotante. Supúsose al principio que sería un enorme cetáceo que se ha refugiado en aquellas aguas á consecuencia de los últimos temporales, pues años atras se cogió uno que embistió á tierra, y después no pudo moverse por faltarle el agua suficiente para nadar; pero posteriormente se ha sabido que es una serpiente marina.

Las personas que, según nuestros colegas, la han visto, aseguran mide una longitud de 4 metros; y una de ellas recibió tal susto, que se halla guardando cama, y compara el enorme reptil á un grueso poste telegráfico.

EPIZOOTIA EN LAS AVES DE CORRAL.—Tenemos á la vista una carta de Palencia, en la que se habla de una enfermedad muy extraña y contagiosa de que padecen las aves de corral en aquella provincia.

La enfermedad de que se trata ya la describió Monsieur Buley y Reynal en el año 1851, y ántes de estos eminentes profesores, muchos veterinarios, y hasta médicos extranjeros habian descrito enfermedades coleriformes en las aves de corral; pero Mr. Buley publicó un extenso y concienzudo artículo, aventurando ya formalmente el nombre de cólera á la enfermedad que á grandes rasgos vamos á describir.

El cuadro de síntomas que presentan en su primer período es tristeza, inapetencia; dejan caer las alas, beben con avidez el agua por mala y poco potable que sea. En el segundo, enflaquecen, pierden la gana de comer, toman un color las balvas, carúnculas y cresta de un rojo encendido, para degenerar en un tinte cianótico. En el tercero, una diarrea de materiales blanquecinos, fluidos espumosos y fétidos; suspendiendo al animal por las patas, se ve salir por su boca y narices un líquido igualmente espumoso y fétido, sobreviene el marasmo y la muerte, si con tiempo no se las trata convenientemente, y sobre todo hay que colocarlas en condiciones higiénicas especiales.

Efectivamente, la enfermedad en cuestion ofrece rasgos comunes con el cólera por los síntomas anteriormente descritos, con el tífus y afecciones carbuncosas por la alteración eminente y profunda de la sangre y alteraciones viscerales que se observan en la autopsia.

PRODUCCION DE FRUTAS EN LOS ESTADOS-UNIDOS.—Es verdaderamente prodigiosa la extensión que ha tomado, de poco tiempo á esta parte, el cultivo de los árboles frutales en las feraces campiñas de la América del Norte.

Una Memoria que acaba de ser leída en la Sociedad americana de Pomología, nos suministra datos muy curiosos é importantes, arrojando con la estadística una luz especial sobre cuestion que interesa en alto grado á la agricultura de Europa.

La situación geográfica de los Estados-Unidos hace que dicho país disfrute de los climas más variados, donde se cultivan los árboles frutales del mundo entero, poniendo á cada uno en la latitud que conviene á su prosperidad y su desarrollo.

Hace veinte años que en los mercados de la Union no se veían más que las manzanas, los melocotones y las fresas producidas en las orillas del río *Mohawk*, en el Norte, y el *James River*, en el Sur. Hoy día los vapores que se dirigen á Londres ó á Liverpool cargan cada invierno más de 30.000 toneladas de manzanas. En Mayo de 1878 sólo Filadelfia expidió 1.500 toneladas, y en Diciembre de 1876 Liverpool recibió 90.000 de manzanas cogidas

en América. Por medio de embalajes perfeccionados se ha conseguido que las frutas hagan el viaje sin el más insignificante deterioro.

El Gobierno de la República ha publicado hace poco los siguientes guarismos sobre la producción frutal en América durante el año de 1877. Están consagradas al cultivo de la vid 1.186.575 hectáreas; 112.000.000 á manzanos; 28.260.000 á perales; 112.270.000 á melocotoneros, y una gran porción del territorio á fresales y frutas diversas, las cuales dan un producto al año de 128.215.900 dollars (pesos duros), cifra que equivale á la mitad de la que rinde el trigo en América.

California, que sola ocupa más de la tercera parte de los viñedos, y que produce, á más de la uva, muchos higos, almendras, naranjas y aceitunas, está cubierta de 43.000.000 de piés de vid, repartidos sobre 60.000 acres (24.276 hectáreas). Independientemente de la venta de las uvas, su rendimiento en vino es anualmente de

posición de duraznos admirable, comprendiendo un gran número de variedades de primer orden. Varias de esas frutas median 32 centímetros de circunferencia. Las otras frutas variadas estaban en proporción.

En los Estados del Oeste, de New-York y del Michigan, la producción de las manzanas ha aumentado mucho recientemente. Independientemente del consumo local, el Estado de New-York exporta hasta 1.500.000 toneladas por año; una sola casa de Boston recibe hasta 3.000 y 4.000 toneladas. Las regiones Monroe, Niágara y New-Orleans producen á menudo más de un millón de toneladas.

En fin, se ha evaluado la cosecha de frutas del Estado de Michigan en 4.000.000 de dollars, ó sea 2.000.000 de dollars por las manzanas, un millón por los duraznos y un millón por las otras frutas.

Según se ve, la América del Norte, que ya nos amenaza con la competencia de sus trigos, es de hoy en adelante no ménos temible por la demasía del producto de sus frutales, que ofrecen gran competencia también á los hortelanos de Europa.



EL MES DE NOVIEMBRE.

454.000 hectólitros; agregando el producto de los Estados del Ohio y del Missouri, se alcanza á 682.000 hectólitros.

Las fresas han sido de una abundancia tal este año en New-York, que se han visto llegar hasta 40.000 litros por día. Los duraznos son igualmente llevados en cantidades inmensas; en 1875 se ha recogido de siete á ocho millones de canastos en el Maryland y península Delaware.

En el Este de California, según dice el Dr. Hoopes, las patatas han centuplicado su producto. En una sola localidad se ha cosechado hasta 334 carretadas por día; un solo propietario ha recogido 700 toneladas. En San José las fresas han dado hasta 40 toneladas de fruta en un solo día. Dentro de poco California podrá abastecer todo el continente con su excedente de frutas.

En los alrededores de Norfolk (Virginia) la recolección de las fresas ha ocupado diariamente más de 10.000 personas; se han expedido hasta seis millones de litros por día. Un cultivador ha consagrado 34 hectáreas á esta especialidad. Boston ha recibido este año una enorme cantidad de fresas.

Monsieur Flagg hace constar que el Illinois posee actualmente 320.000 huertas. Se ha hecho este año una buena cosecha, y las frutas se han exportado en abundancia.

En Georgia, los progresos no son ménos rápidos. La Sociedad de Horticultura de este Estado ha hecho una Ex-

mos en una gacetilla del número anterior del raro suceso de un venado que acometió á un pobre jornalero días pasados en la Casa de Campo, y que luego fué muerto por S. M. el Rey. Publicamos el hecho tal como lo contaron los diarios políticos, con la misma desconfianza con que lo habrán recibido nuestros lectores; porque el caso de embestir un venado en el monte á un hombre, era para sujetarlo á cuarentena. Después hemos averiguado el hecho con todos sus antecedentes, y sabido, ya tiene una explicación natural y sencilla.

Hace algun tiempo que habian regalado á S. M. dos venados domesticados y acostumbrados á seguir y aún á embestir á los hombres, siempre que se les provocaba á ello. El Rey dispuso que los echáran en el monte de la Casa de Campo, y los guardas y demás gente de esa Real posesión seguan jugando con los venados cuantas veces los encontraban en la maleza: es decir, que los preciosos animales no habian perdido la costumbre de vivir entre la gente, de jugar, y hasta de embestir cuando se los toreaba.

Ahora se comprende bien el cómo uno de ellos embistió al jornalero, ya porque lo provocara, ó sólo por haberlo encontrado en su camino. Entonces fué cuando S. M. el Rey entró á cazar en la Casa de Campo, le contaron el suceso, y después de visitar y de proveer á las necesidades del pobre herido, buscó al venado, que se le vino encima, y le dió muerte de un tiro á pocos pasos de distancia.

PALOMAS MENSAJERAS EN LAS ALTAS MONTAÑAS.—En Suiza se están haciendo en la actualidad serios experimentos para ver si las palomas dejadas en libertad en la cima de las montañas más altas saben dirigirse á su palomar.

Hasta el presente no se ha podido conseguir una prueba decisiva. De las cuatro palomas dejadas en libertad, dos el 14 de Agosto y dos el 15, en las cúspides del Bergli y del Jungfrau, dos solas volvieron al palomar, una el día después que se le dió libertad, y la otra á los siete días de su partida.

UN VENADO FERROZ.—Habla-

BIBLIOTECA VENATORIA DE GUTIERREZ DE LA VEGA.

ACABA DE PUBLICARSE EL VOLUMEN III, TITULADO LIBROS DE CETRERÍA.

Este volumen contiene el *Libro de la Caza*, del Príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de la Caza de las Aves*, del Canciller Pero Lopez de Ayala, precedidas ambas obras de un *Discurso sobre los Libros de Cetrería*, del Sr. Gutierrez de la Vega.

Son las dos obras españolas de cetrería más famosas del siglo XIV, nunca publicada la primera, y dada á luz la segunda sin los errores de la edición de la Sociedad de Bibliófilos españoles.

Cuesta el volumen 6 pesetas en Madrid, y 7 enviándolo á provincias.

Para recibirlo á vuelta de correo basta enviar las 7 pesetas en una letra ó libranza del giro mútuo á la Administración, calle de Espoz y Mina, número 3, Madrid.

MADRID, 1879.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a (sucesores de Rivadeneyra). Duque de Osuna, 3.